



de

Para siempre

Amaya Felices

¿Puede el amor durar para siempre?, ¿incluso más allá de la muerte?

Descúbrelo en un relato donde dos extraños se encuentran en un cementerio en una fría noche de invierno, un choque casual que cambiará su manera de experimentar la vida.

Curiosidad: está inspirado en la canción Bittersweet de Apocalyptica.



Amaya Felices

Para siempre

ePub r1.0
fenikz 28.08.16

Amaya Felices, 2011

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2





UNO

Navidad de 2011

Dicen que cuando el amor muere de manera trágica, en un arrebatado de pasión encadenada, permanece su recuerdo, sus palabras, sus gestos... Que si no se puede superar la pérdida el dolor se convierte en una obsesión. No puedo decir que esté maldito porque tú habites en mí, es tan solo... tan solo que siento cómo sufres porque no te dejo ir.

Pero no puedo, no puedo perderte. ¡Estoy poseído por ti!

La nieve caía pesada, amontonándose sobre las lápidas. La fantasmal luna de invierno tocaba con sus pálidos rayos los copos estrellados, haciéndolos brillar como si fueran el hálito que se escapaba de los labios del hombre que, de rodillas, lloraba ante una tumba. Su abrigo, negro y largo, medio cubierto por la ausencia de color que imperaba en el paisaje, bajaba como una pesada mortaja desde sus anchos hombros hasta tocar el suelo, abrazando a aquella tierra que cubría a los muertos. Su rostro estaba inclinado contra el suelo y unos agujeros en la nieve, provocados por el cálido fluido vital que destilaban sus ojos, evidenciaban tanto o más que sus hombros agarrotados el dolor que lo recorría.

En la piedra que coronaba la sepultura, el manto blanco tan solo dejaba ver un nombre y el inicio de una fecha: María... 19...; así como el esbozo

tallado de los rasgos de lo que debió de ser una joven hermosa.

En las sombras de la noche, en el cementerio de aquel pequeño pueblo español medio olvidado por sus habitantes, la mujer que portaba un ramo de rosas no vio al hombre que sufría en su homenaje silencioso.

Ocupada con sus propios pensamientos e intentando localizar una estela en concreto, no se dio cuenta de la inmóvil figura arrodillada hasta que chocó contra ella. Sacudida de repente de sus recuerdos, se mordió los labios para callar la maldición que pugnaba por escaparse de estos.

—¿Lo siento? ¿Le he hecho daño? —se interesó algo preocupada.

Una cabeza de cortos y rizados cabellos negros se alzó hacia ella, unos ojos de un tono tan oscuro como el dolor con el que la miraban la dejaron casi sin aliento. No se lo esperaba.

—¿Eres real? —susurró él.

Su voz era profunda y había algo, aparte de la oscura influencia del lugar en el que estaban, que hizo que la mujer se estremeciera, como si el desconocido no perteneciera a este mundo.

—¿Qué? —se sorprendió la mujer.

Era la noche de todos los Santos, de acuerdo, pero ella, con su moderno corte de pelo rubio, su abrigo rojo y sus zapatos negros de tacón no tenía aspecto de no ser de carne y hueso. Siempre le habían dicho que era una mujer de aspecto frágil mas nunca la habían confundido antes con una aparición. Si es que era eso lo que le acababan de preguntar.

—Perdone... —comenzó a levantarse él—, me ha sobresaltado apareciendo así, como de la nada. —Se sacudió la nieve de los vaqueros y la miró. Los huecos de sus lágrimas habían quedado cubiertos de blanco—. Sobre todo ahora que acababa de invocarla... —murmuró en voz baja las últimas palabras.

—¿Disculpe?

—Nada, cosas mías —esbozó una sonrisa triste—. ¿Busca a alguien? Quizá pueda ayudarla.

La chica de cabellos claros se lo quedó mirando, con un dedo dubitativo en su barbilla, como si estuviera intentando dilucidar si era cuerdo entablar una conversación con un extraño más allá de la medianoche. Estuvo a punto de decirle que no pero, por más que no consiguiera acordarse de qué, era como si

lo conociera de algo.

Sacudió la cabeza para librarse de semejantes ideas y decidió que podía confiar en que no iba a intentar robarle.

—Sé que no son horas, pero he llegado hace poco al pueblo y no quería irme a dormir sin visitar su tumba.

—¿Señorita? —preguntó dubitativo y continuó ante el cabeceo afirmativo de esta—, imagino que usted tiene muy claro a quién se refiere pero me temo que si no me dice algo más no voy a poder ayudarla.

La mujer se sonrojó ante la torpe omisión que acababa de cometer. Fue refrescante para ella pues no solía hacerlo, no desde hacía mucho.

—Mi abuela, la tumba de mi abuela. Mis padres y yo nos mudamos a Francia y no había estado aquí desde que era niña. O al menos desde que ella... —su voz se apagó hasta convertirse en un susurro.

Pero el hombre, si bien recogió esa nota quebrada, se quedó con el dato de Francia. Lo asimiló, haciéndolo encajar con el acento que acompañaba a la manera musical en que ella hablaba. Si no fuera porque sabía que era imposible al verla ante él, con esos mismos rasgos a los que había suplicado, maldecido y pedido perdón una y otra vez, juraría que el fantasma de su amada se había hecho carne en esa noche donde los espíritus eran más fuertes. Si no fuera posible... creería que estaba otra vez viendo su delicado rostro.

Y mientras el hombre intentaba no pensar en ello, en el breve silencio que había caído entre los dos, la mujer había olvidado por unos instantes sus propios problemas, atraída como la luz a un agujero negro por la profundidad que percibía bullendo tras los intensos ojos de aquel extraño. (¿Había estado llorando? No es que hoy en día eso fuera algo tan raro como antaño, pero aun así ella no podía evitar desear saber la respuesta a qué podía haberle hecho tanto daño. Y no debería, pues la vida le había enseñado a no interesarse por nadie).

Al final, la voz masculina rompió el silencio, con fuerza, como obligándoles a ambos a recordar dónde estaban.

—Si me dice la fecha de la muerte, podemos intentar buscarla. El cementerio no es pequeño pero ha ido creciendo de manera radial, con lo que no creo que sea muy difícil hallarla.

—Mire, esto es una locura. —La mujer soltó una risa nerviosa, como si se

lo hubiera pensado mejor—. Mejor me voy y vuelvo mañana.

Le otorgó una sonrisa simpática y comenzó a girarse.

—Espere, ni siquiera sé su nombre. —Agarró la manga de su abrigo; fuera ella o no, no quería que se marchara.

Ella lo miró algo preocupada y tiró para soltarse. A continuación echó a andar a paso vivo hacia la salida del cementerio. Cambió de opinión a medio camino, atraída como se sentía por ese extraño que parecía recordarle a alguien y se paró un instante, justo el necesario para responderle.

—María, me llamo María.

La brisa que se levantó con sus palabras ahogó el eco de sus pisadas. La nieve comenzó a arremolinarse con fuerza y el hombre se giró otra vez hacia la lápida que había ido a visitar.

Sus labios se abrieron y pronunciaron su nombre (María...) con la devoción de un rezo, la rabia de una maldición y la certeza del que se sabe condenado. Bajo sus pies, quedaron aplastados los huecos que sus anteriores lágrimas habían horadado en el blanco suelo. Y los recuerdos fluyeron otra vez, reanimados por ese delicado rostro, sumergiéndole en la oscuridad de otra noche de todos los Santos, una acaecida tiempo atrás.

DOS

**Navidad en algún
momento del pasado**

—Vamos, date prisa —apremió en voz baja el joven a la muchacha que se estaba escabullendo por el jardín de la casona de sus padres.

—Shhh, que nos van a oír.

María acabó de cruzar sendero que la separaba de su amado, entreabrió la puerta de la verja y salió al camino. Mientras esta se cerraba a sus espaldas con un ruido metálico, ella se abrazó a Pedro, dejando caer el hatillo que llevaba entre las manos.

—Has venido...

—Te lo había prometido, cómo no iba a venir si no deseo más que pasar el resto de mi vida a tu lado.

—Vas a perder tu trabajo por fugarte conmigo.

—Y tú, tu herencia y tu posición. —La tomó con dulzura de los hombros y la separó un poco de sí, no porque lo deseara sino para poder ver sus ojos, esos enormes ojos verdes de hechicera—. Perdóname por preguntarte otra vez, no es mi intención dudar de ti, pero necesito recordarte que todavía estás a tiempo: ¿seguro que quieres continuar?

—Sí, Pedro, sí que quiero. Y vayámonos antes de que las criadas o los hombres de mi padre se den cuenta de que pasa algo.

Los ojos de él se iluminaron de alegría. No había podido evitar contener el aliento, ni aún en el impetuoso ardor de la juventud concebía que la bella María fuera a abandonarlo todo para ser su esposa. Se casarían en año nuevo, el mismo día en el que estaba planeada la boda de su amada con otro hombre,

uno con varias haciendas.

Acercó los labios a los de ella para robarle un beso, no por breve menos apasionado y, tras ayudarla a subir a la grupa de su caballo, emprendieron ambos el camino hacia su nueva vida.

El problema llegó con la madrugada y los lobos. Se acercaron raudos, silenciosos, sin avisar; como sombras oscuras entre los copos de nieve que conseguían atravesar los árboles. Los amantes, que había tomado el camino del bosque, se habían parado a descansar en un claro tras considerar que ya estaban lo suficientemente lejos del pueblo. Pese al frío, estaban tapados con mantas. La nevada y el miedo a ser detectados habían impedido que encendieran un fuego. Y cuando llegaron las bestias, la espada de Pedro no fue suficiente: él fue herido pero ella... ella cayó con una fea mordedura en el vientre, una que él no pudo impedir por más que intentó colocarse entre los lobos y su prometida.

Corrió la sangre, animal y humana. El invierno estaba siendo especialmente frío y los lobos estaban debilitados por el hambre pero aún así eran tres y Pedro, por muy buen espadachín que fuera, solo uno.

Cuando la loba consiguió rodear su acero y alcanzar a María, apoyada asustada contra el tronco de un árbol, él, en medio de un alarido salvaje, dejó su espalda descubierta para socorrerla. Acabó con la bestia en medio de un arrebató de desesperada furia; los otros lobos aprovecharon para herirlo por detrás. Después, ignorando el dolor, se giró para seguir luchando por sus vidas, cuando todo lo que deseaba era comprobar si la herida de María era tan mala como le había parecido. Pasaron interminables minutos hasta que acabó con el último de sus enemigos y pudo inclinarse sobre esta.

El mordisco era terrible, una boca sangrante abierta en su vientre. Y ella había perdido ya tantas fuerzas... Rasgó el hatillo que la mujer había portado y la tela blanca del vestido que había dentro, un trozo de la cual usó para presionar la herida. Pétalos rojos brotaron en la tela, expandiéndose, como burlándose del invierno, de la fría inmutabilidad que seguía cayendo del cielo.

—Aguanta, María, aguanta. No puedes dejarme.

Ella no respondía. Su cara, frágil y pálida, estaba más hermosa y serena

que nunca, como si ya se hubiera resignado a su destino.

—¡¡¡Maldita seas, aguanta!!!

La vida se le escapaba y él lo sabía. No iban a llegar al pueblo a tiempo, lo único que podía conseguir era que lo encarcelaran pero le daba igual: ella se estaba muriendo y era por su culpa, por haberla sacado a escondidas de los seguros muros de su casa con la intención de desposarla. Depositó un fiero beso en sus labios, los cuales cada vez eran menos capaces de seguir manteniendo el hálito dentro de su cuerpo. A continuación se fue corriendo a buscar a su caballo, que se había escapado en cuanto sintió llegar a los lobos.

Las horas pasaron trágicas, como la cruel y despiadada canción de un dios que no escuchaba. La noche, que sí parecía haberse apiadado de ellos, presentaba una luna clara que alumbraba su camino en medio de un paisaje donde la nieve había dejado de caer.

Pero no importó. Al igual que no sirvieron la urgencia suicida con la que cabalgó, el cuerpo de su amada sujeto contra su pecho con uno de sus brazos, ni sus rezos, ni su deseo de llegar a tiempo; pues cuando entró en el pueblo ya era demasiado tarde.

La tela que tapaba su herida, aquella que ella misma había colocado en un hatillo por ser la única que deseaba llevarse de su antigua vida, era su traje de novia. Y ahora su nivea apariencia se había transformado, como si el mismo escarlata del fuego que lame la entrada al vacío de lo eterno hablara de la inminencia de su muerte. Pese a ello, Pedro vio que todavía respiraba y rezó por que pudiera conseguirlo. Desmontó del caballo, rozó su mejilla con los dedos y le suplicó que luchara, que viviera. Después avisó de lo sucedido y lo prendieron; al fin y al cabo, el padre de María mandaba en el pueblo. Durante las oscuras horas que pasó encerrado, se dijo a sí mismo una y otra vez que ella lo había escuchado, porque sus párpados se habían movido y sus dulces labios curvado en el esbozo de una sonrisa, como si hubiera reconocido su tacto.

A la mañana siguiente fueron a buscarlo para realizar con él una burda imitación de un juicio, condenándolo por la muerte de María. Se dejó llevar, conmocionado por la noticia; pero sus hermanos no debían de estar de acuerdo con la sentencia que debía ser ejecutada en unas horas, porque asaltaron la bodega en la que estaba prisionero y huyeron con él.

Pedro no pudo seguir viviendo con la certeza de que no iba a volver a verla jamás por lo que, en la última noche de ese mismo año, volvió al pueblo. Entró en el cementerio donde ella estaba enterrada y, en medio de la locura y el delirio que nacían de un dolor que no podía soportar, pronunció unas palabras que llevaban generaciones en su familia. Unas que, se decía, podían sacar a los muertos de sus tumbas.



Dos noches han pasado desde aquel 28 de diciembre, dos en las que el hombre ha acudido a la misma tumba, dos donde el frío le ha hecho recordar otra navidad, una donde una inminente boda desencadenó la tragedia. Aunque él todavía no es capaz de discernir si el destino al que debe maldecir fue al que atrajo a los lobos o al que lo hizo a él invocar el nombre de su amada hasta quedarse sin voz.

Estoy poseído por ti.

La mujer rubia vuelve al cementerio en esa segunda noche. En realidad, había dejado las rosas en la tumba de su abuela la mañana del 29 pero, de algún modo que no alcanzaba a comprender, en el ocaso del penúltimo día del año había acabado cediendo a la insistencia que cuchicheaba en su mente, germinando deseos incomprensibles. Aquel desconocido estaba presente en sus pensamientos, fascinándola con las pocas palabras que habían cruzado, la pena atormentada que pudo apreciar en su rostro y esa sensación de familiaridad tan extraña. Aunque sobre todo con el dolor, porque de eso ella entendía demasiado. Así pues, porque en los momentos de soledad que habían pasado desde entonces solo había podido pensar en él, como si estuviera hechizada por su ausencia, se decidió a pasear otra vez entre tumbas algo después de la hora de las brujas con la vana esperanza de encontrárselo. Y cuando se acercó a aquella lápida todavía cubierta por la nieve y vio su figura

inclinada sobre esta, no pudo evitar un aleteo en su pecho. Él estaba allí.

Se acercó silenciosa, la mullida capa de nieve ahogando sus pisadas. Una vez estuvo tan próxima como para llamarlo, se quedó inmóvil, callada y sorprendida. De la figura masculina, inclinada sobre aquella tumba, escapaban susurros atormentados a la vez que temblaba el abrigo que cubría sus hombros anchos.

Parecía como si luchara consigo mismo y estaba claro que lo estaba pasando mal. Dudando, acercó su mano hasta rozar su espalda y entonces se echó para atrás, asustada, ante la expresión de descarnado y puro sentimiento que había en la cara masculina cuando se volvió, se giró hacia ella y la vio.

—María...

Su susurro fue visceral, sus manos se alargaron y la sujetaron, acercándola hacia sí. Hasta que vio el desconcierto en los ojos femeninos y pareció darse cuenta de lo que estaba haciendo.

Pero antes de que la soltara, su contacto sacudió el cuerpo de la mujer como si sus dedos, la fuerza con la que la sujetaban sus brazos, encarnaran el más anhelado de los momentos. No podía entenderlo. Su cercanía, el atropellado latido de su propio pulso contra el frío muerto de la nieve, aquella desesperación en sus rasgos tan solo por rozarla... la hicieron sentirse por unos momentos nostálgica, vulnerable y, al mismo tiempo, increíblemente poderosa. Y pasó, pasó en cuanto él se dio cuenta de lo impropio de su gesto y la soltó. Ella se quedó allí, temblando de calor, con la mirada asombrada y los labios entreabiertos en unas palabras que no acertaba a pronunciar.

—¿Cómo sabes mi nombre?

Su voz rompió el silencio que, cual una de esas losas funerarias que los rodeaban, se había establecido entre ellos mientras que sus rostros seguían tan juntos que casi podían entremezclarse sus alientos. Y dolía, dolía el anhelo, de un modo que ella no había sentido jamás.

—No sé tu nombre. Discúlpame, te he confundido con otra.

Sus palabras sonaban calmadas. No entendía como podía haber ejercido semejante autocontrol contra esa vehemencia que acababa de presenciar, pero ella no podía ser menos. Así que le contestó de un modo tranquilo y pausado, en vez de asediado con las preguntas que, entonces más que antes, estaba

deseando hacerle.

—Bueno, es que yo me llamo María, ya te lo dije hace unas noches.

—Ella también.

—¿Ella?

—¿No te han dicho nunca que hay preguntas que es mejor no hacer? —le contestó con una sonrisa ambigua—. Por cierto, imagino que ya es un poco tarde para ello pero... ¿no te importa que te tutee, verdad?

—No, después de que me confundieras con otra y me hayas agarrado con semejante pasión, ¿cómo voy yo a decirte que no te tomes esa confianza? —ironizó, algo amarga.

—Venga, no me lo tengas en cuenta: te invito a un chocolate caliente.

La nieve seguía cayendo con lentitud a su alrededor. La mujer lo miró con desconfianza. Después de lo que acababa de pasar, de experimentar, no tenía nada claro que siguiera deseando hablar con él. Puede que la curiosidad la estuviera matando y que sintiera esa afinidad, pero cada vez le parecía menos sensato.

—Venga, es lo menos que puedo hacer después de darte semejante susto —la animó.

La calidez de una sonrisa que no cuadraba con la imagen que se estaba haciendo de él iluminó sus rasgos, de tal manera que les dio un fuego vital que no poseían hasta ese instante. Y ella no pudo evitar pensar que sería bonito conocer a ese hombre cuando sonriera así, en vez de mostrar un perpetuo ceño torturado.

Sería bonito, sí.

—De acuerdo, pero no quiero entretenerme demasiado...

—Esta vez no llevas flores para tu abuela —observó él mientras comenzaba a andar hacia la salida del cementerio.

—Ah, eso... volví a la mañana siguiente y las dejé.

Caminó a su lado; su paso, largo, era cómodo de seguir, como si ya lo hubiera hecho otras veces.

—¿Y qué hacías ahora aquí, María?

La mirada masculina se llenó de picardía, pareció insinuar «¿buscarme?». Y los ojos verdes de ella le devolvieron un brillo de desafío.

—¿Acaso tengo que dar explicaciones sobre mis paseos nocturnos a

alguien que parece más habituado a caminar de noche que yo misma?

—No te creo, esto es un cementerio.

Del cual sus pasos ya casi los habían llevado al borde. Se pararon justo en la verja y compartieron un par de miradas divertidas.

—¿De verdad? ¿Sabes?, si no fuera por el silencio sepulcral, los cipreses y las cruces no me habría fijado. ¿Quién te dice que yo no sea un fantasma?

De algún modo extraño, esa broma hizo volver el dolor a los rasgos del hombre, que se habían relajado por primera vez en mucho tiempo.

—¿Y quién te dice que lo eres?

Sin dejar de mirarla, como si eso fuera lo más doloroso que hubiera hecho en años, abrió la puerta y le cedió el paso. Caminaron por las desiertas calles del pueblo, con *papa noeles* colorados y luces de navidad en los blancos balcones, en medio del desconcierto que les provocaba salir a un ambiente festivo. Los reinos de los vivos y de los muertos no deberían mezclarse. En esos momentos, para ambos, la navidad parecía tan frívola y lejana... tanto... tanto como... Para él aquella noche de 28 de diciembre en la que, ante la inminencia de la boda no deseada de María, se juraron amor eterno bajo las estrellas. Para ella, para la mujer del abrigo rojo, aquel día en el que otro hombre osó humillarla e intentar largarse con el ser a quien ella más quería.

—Qué agradable entrar en un sitio donde no está nevando, ¿verdad? — comentó la mujer con una sonrisa tímida en los labios.

Estaban sentados en la mesa de una cafetería. En concreto en una cerca de la ventana que se abría a la calle, al invierno, a esa estación que tan dolorosa les resultaba a ambos.

El local, espacioso y decorado en tonos rústicos, tenía una chimenea que crepitaba cerca de ellos. Era la única cafetería del pueblo y hacía las veces de restaurante e incluso de salón de reuniones cuando se terciaba.

—María... no voy a preguntarte por qué has vuelto esta noche al cementerio pero sí que me gustaría saber más de esa abuela tuya.

—¿Sabes que tienes un modo muy curioso de llevar una conversación casual? —se burló ella—. ¿Casual? No lo creo.

Su vehemencia arrancó un escalofrío a la mujer. Si no fuera porque le

resultaba tan familiar, porque estaba tan intrigada por él, habría puesto cualquier excusa para retirarse. En vez de eso, se limitó a removerse incómoda en su asiento y él debió de notarlo.

—Discúlpame, María. —El nombre salió de su boca como si estuviera erizado a la vez de sedas y espinas—. No quería asustarte.

—No lo has hecho... ¿qué deseas saber?

—Todo lo que quieras contarme.

Sus ojos habían capturado los verdes de ella, de un modo tan absoluto que la mujer volvió a estremecerse, como si casi recordara de qué le sonaba ese hombre.

—Mi abuela era de un pueblecito cercano pero se vino aquí cuando se casó con mi abuelo. Yo... la quería mucho, ella me ayudó mucho cuando... — Su rostro se volvió al pasado de repente, dejando entrever el dolor en el temblor que recorrió sus párpados—. Perdona, mi abuela siempre estuvo allí para mí, eso es todo.

Murió hace tres años y, aunque tanto ella como nosotros vivíamos en Francia, la enterramos aquí pues es lo que ella deseaba.

—Imagino que era sencillo quererla mucho —la sorprendieron sus palabras, que parecían empáticas y sinceras—. ¿Era como tú?

—Sí.

La camarera eligió ese momento para aparecer y, mientras les servía el chocolate, María aprovechó para aclarar sus recuerdos.

—Todo el mundo decía que éramos como dos gotas de agua —continuó una vez que volvieron a estar solos, con ambas manos rodeando la taza caliente a la que acababa de añadir el azúcar—. Que teníamos el mismo carácter.

—¿Carácter?

El fuego cercano, así como el chocolate, habían hecho que el cuerpo de la mujer se relajara, que sus mejillas retomaran el color que les había quitado la nieve.

—Sí, éramos iguales. O al menos eso creía yo.

—¿Y en el físico?

—No... en el físico no. Ella era muy guapa. Y alta. —Sonrió como si rememorara algo agradable—. Yo me parezco más a mi abuelo.

—Tú eres hermosa.

Las palabras, dichas como si fueran una verdad evidente, sacudieron a María. Había pasado mucho tiempo desde que se considerara así, desde que alguien se lo había llamado. Si su abuela no se hubiera ido tan pronto después de aquello... quizá hubiera podido asimilar mejor aquella puñalada de la vida, aquella traición que no por intentar haberla olvidado era menos dolorosa.

—¿Te recuerdo a alguien verdad? —le preguntó con una sonrisa entre curiosa y triste.

—Sí. Imagino que no ha sido muy difícil que te dieras cuenta.

—No... la primera vez que nos encontramos me miraste como si hubieras visto a un fantasma.

—Algo así fue, María, algo así.

El hombre también se había relajado ante el hipnótico restallar de las llamas. Su ceño ya no estaba fruncido y sus hombros se mostraban distendidos e inclinados hacia delante. Sus codos descansaban apoyados en la mesa, para poder hablar así de un modo más cercano y cómodo con ella.

—¿Ella era... era...? —dudó la mujer al buscar las palabras; no quería derivar la conversación hacia un terreno que no le pertenecía, pero, al mismo tiempo, le parecía extrañamente natural hacerlo.

—Ella era mi prometida. Murió.

El silencio se estableció entre los dos, como un ente con vida propia que al respirar absorbiera todos los sonidos, incluido el crepitar del fuego.

—Pero fue hace mucho tiempo y no es algo de lo que desee hablar ahora.

—No debería haber preguntado...

Él la miró con una intensidad y con un dolor que ella no alcanzó a entender, excepto en el anhelo que le causó el eco de ese sentimiento en el tormento de su propia alma. Y sintió que él, quien por unos instantes se había acercado a ella abriéndole algo de su propio ser, se alejaba al cambiar de tema. Se entristeció; era como si algo trágico pero hermoso hubiera pasado de largo.

—Así que te pareces a tu abuelo... ¿puedo preguntar su nombre?

La mujer suspiró. Suspiró y tomó un sorbo de su todavía cálido chocolate.

—Antonio Valle. ¿Y tu nombre? Aún no lo sé.

—Pedro.

Se quedaron mirando. Tras haber escuchado quién fue el abuelo de María, él la observaba como si hubiera resuelto algún misterio importante que lo había estado preocupando. Torturando, más bien.

—Sabes, el otro día, cuando fui al cementerio con las flores para mi abuela... no te vi porque estaba perdida en mis recuerdos. Ella fue muy importante para mí y, desde que murió, yo no había vuelto por aquí.

No sabía por qué se lo estaba contando pero lo cierto era que deseaba compartirlo, como si convocar a sus propios demonios para que se mostraran ante un extraño pudiera hacer que dejaran de tener tanto poder.

—No vives aquí, ¿verdad?

—No, sigo en Francia.

—¿Y qué te ha hecho volver?

—Algo que pasó, que creía superado. Pero hace poco recibí una citación y bueno... necesitaba acercarme a mi abuela. Es cierto que nos parecíamos, pero solo hasta su muerte.

Pedro parecía haberse olvidado de su interés por la línea de familia de la mujer, haberlo desplazado a intentar descubrir qué pudo hacer que recorriera tantos kilómetros para volver a sus raíces. Y, más importante aún, qué pudo hacer que esa mujer dejara de considerarse fuerte, porque sospechaba que era eso, fortaleza, lo que de un modo tan claro había ido a buscar a España.

Curiosidad, afinidad... aunque era bueno en ellas, no eran sensaciones que debiera estar experimentando. No cuando se debía en cuerpo y alma a aquella que habitaba, sin desearlo, en su interior, atrapada por la cárcel de su piel. Pero pese a todo siguió preguntándole.

—¿Citación?

—Legal, de algo que hace tres años que estaba acabado, encerrado bien lejos. No tendrían que haberlo soltado tan pronto... Perdona, tampoco es un buen tema de conversación —le sonrió con tristeza Removió su chocolate, pese a que el azúcar hacía tiempo que se había disuelto. El silencio había vuelto a instalarse entre los dos, mas esta vez parecía unirlos en un hilo de recuerdos no compartidos pero que se entrelazaban con asombrosa facilidad. Sería tan sencillo contárselo todo, hablarle de él, de las renunciadas, de los ojos ciegos... incluso del hospital. Pero no necesitaba ese desahogo. Haberse

encontrado en un cementerio con un hombre que poseía un dolor que parecía superar al suyo propio, era (de algún modo extraño y románticamente oscuro, lo reconocía) suficiente para ayudarla a reconciliarse con la decisión que debía tomar, con ese valor que tanto necesitaba, no por su bien, sino por el de ella.

—¿Por qué dices que ya no te pareces a tu abuela? ¿Cómo era?

María no lo miraba, se limitaba a seguir contemplando su taza, ya fría. Lo que estaba contando era algo demasiado privado: se imaginaba que él debía de estar observándola y, si le veía hacerlo, quizá el sentido común le dijera que callara, que eso era algo que solo le incumbía a sí misma. Y no deseaba guardar silencio pues le gustaba la sensación de contactar con alguien, de modo fugaz, a través de esta sinceridad tan extraña y aplastante.

—Fuerte.

—La otra noche, no me pareciste débil.

—Pues debería, porque estaba derrotada, buscando en su tumba algo que me recordara cómo era antes, pero no ella sino yo.

—Si estuvieras derrotada, no habrías ido.

Sintió su roce en su propia mano, esa que no dejaba de observar porque acompañaba a la taza. Los dedos masculinos eran cálidos y reconfortantes. Lo miró a los ojos, temerosa de lo que podría hallar allí. Y sonrió al ver que lo que los animaba era un amable deseo de hacerle ver que, pese a todo lo que ahora pensara de sí misma, si había emprendido esa búsqueda de una respuesta, de algo que la ayudara a seguir luchando, era porque nunca había dejado de hacerlo. Era extraño verse reflejada en la mirada objetiva de alguien que podía analizarla desde afuera; pero en todo caso era una información sobre sí misma que, aunque no lo hubiera sabido, necesitaba si debía atreverse a romper con todo por el bien de aquella a quien quería más que a nada en el mundo.

—Tienes razón. —Le sonrió—. A veces es difícil verlo, porque cuando estás tan dentro no tienes una buena perspectiva.

Pedro apretó su mano y pareció que iba a decirle algo pero María, que no podía seguir hablando del tema, poniéndolo en palabras, deslizó sus dedos separándolos de los masculinos y dejó la taza abandonada en la mesa. El fuego parecía envolverlos como un hechizo, la nieve y las luces de navidad se veían

a través de la ventana y el resto del local era como si no existiera. No había en ese momento nada más importante que ellos, dos personas que se tendían un puente a través del miedo. Porque María sentía que había algo que él también tenía que hacer, algo que demoraba, algo que estaba estrechamente relacionado con algún momento clave de su pasado.

—Dime... ¿fue hace mucho, lo de tu prometida?

Los rasgos masculinos volvieron a reflejar esa emoción profunda que los había sacudido aquella noche en la que ella se lo encontró. María se estremeció. Tampoco quería ser la causante de un recuerdo doloroso.

—Hace mucho, más de lo que podrías imaginar.

—Vamos, no pareces tan mayor como para que hayan pasado décadas — intentó frivolar para deshacerse de esa sensación de culpabilidad que la rondaba desde que había hecho la pregunta.

—¿Décadas? Han pasado bastantes, sí.

Algo en la triste seriedad de su voz hizo que María se envarara recta sobre su silla. De repente, volvía a estar allí, en la noche, en medio del frío y de la nieve, y volvía a experimentar la sensación que tuvo cuando se lo encontró: que era un hombre que no pertenecía a este mundo. Fue solo un instante pero él se dio cuenta; tomó un sorbo de su propia bebida que hasta entonces había estado intacta y, con un suave gesto de sus manos, le indicó que preguntara.

Y vaya si ella quería hacerlo.

—¿Por qué tanto interés por mi familia? ¿Por qué cuando me miras es como si de verdad la estuvieras viendo a ella?

—A veces la genética tiene curiosas manifestaciones, señorita. Y tú eres una de ellas.

—Mis rasgos no se parecen en nada a los de mi abuela.

—No, pero eres idéntica a la hermana mayor de tu abuelo.

La mujer rompió lo que su mente no podía creer con una carcajada nerviosa.

—Bueno, tengo que irme. Es tarde.

—¿Tarde? Sí, en eso tienes razón. Pero no es tarde sino demasiado tarde.

—Un placer haberte conocido.

Se acercó y levantó para darle dos besos de despedida. Esos que no le había dado cuando se presentaron. Él se puso también en pie y colocó una de

sus manos sobre su hombro mientras juntaban sus mejillas. Todo le decía a María que se fuera pero, al mismo tiempo, una torturadora corriente de anhelo, de desear saber, hacía que se demorara en ese contacto, deseando que no fuera su rostro sino su alma lo que estuviera tan cerca de sus labios.

—Igualmente, María. Inesperado, doloroso, pero sin duda no desearía no haberte encontrado.

Se miraron separados por tan poca distancia que ella habría querido acercarse, cogerle de la mano y tirar de él, llevarlo de vuelta a la noche y allí, bajo las estrellas, acorralarlo con su aliento hasta que él se desahogara contándole eso que lo estaba matando. Porque otro tipo de encuentro, de conexión, uno donde tan solo importaran sus cuerpos, ese... sabía bien ella que le estaba negado.

María esbozó una sonrisa y salió de la cafetería. La navidad, dolorosa y solitaria como aquel día en el que él se reveló como el monstruo que en realidad era, la envolvió de golpe. ¿Por qué era tan duro que los peores recuerdos se ubicaran en unas fechas donde todo el mundo parecía ser tan afortunado?

Se fue, desapareciendo serena a través de la ventana desde la que Pedro la miraba. Así, sin palabras, sin ese acento francés que hacía tan evidente que no era ella, podía creer que estaba mirando a su prometida.

La angustia bulló en su interior, amplificadas por el silencioso grito de la mujer que, encadenada, lo poseía desde aquel día en el que conjuró a los muertos para no dejarla partir.

Porque había tornado maldita a la única a la que amaba, encadenándola, atándola a estar encerrada dentro de él. Y un alma que quería irse, que lo amaba pero que al mismo tiempo sufría al verlo así, no era la mejor compañera en una existencia que, desde aquel aciago día, estaba más allá del tiempo.

Si tuviera el valor, el valor de perderla, de dejarla ir... Era un milagro haberla vuelto a ver en carne y hueso. Aunque no fuera ella. La mujer del abrigo rojo, pese a que había pasado por momentos difíciles, seguía adelante con su vida. Quizá él debería dejar que su María hiciera lo mismo.

Y dentro de sí notó un aliento contenido, expectante, dolorido y anhelante: el de aquella que compartía sus pensamientos, su cuerpo y sus recuerdos.



Medianoche. Cementerio. La lápida permanecía cubierta por la nieve que seguía cayendo suave, reposada, como anticipando el consuelo que debería dar a la torturada alma que estaba ante ella.

Una mano masculina se acercó a la piedra con delicadeza y frotó la nieve hasta que esta se cayó al suelo, como lágrimas de escarcha.

María

1902-1921

Amada hija y hermana

Y el dibujo tallado de sus rasgos.

Él ni siquiera había podido añadir nada al epitafio.

Se arrodilló en el suelo, posó su frente sobre el frío tacto del rostro grabado de su amada y se dejó arrastrar por el tempestuoso vendaval de sus más maldecidos recuerdos; camino de una noche de año nuevo, esa noche, en la que él volvió a su reciente sepultura a dejar que la desesperación que quemaba sus entrañas convocara a la oscuridad eterna.

Allí estaba él, arrodillado como ahora, mudo de dolor, clamando a quien quiera que poseyera los secretos de la vida para que se la devolviera. Sus palabras, sacadas de las leyendas de su familia, cuyas raíces se enclavaban en una magia en la que él nunca había creído, abrieron el velo que separa a los

vivos de los muertos. Y la noche, la tiniebla eterna, le concedió el deseo que hacía que su corazón agonizara en medio de mil gritos silenciosos. Pues con su pasión había sido capaz de conmover a la misma inmutabilidad de la vida.

Ella volvió, su amada María. Sus palabras, sus recuerdos, sus sonrisas, su ánimo... regresaron. Y ese fue el problema, porque su carne estaba muerta y necesitaba un nuevo cuerpo en donde habitar. Y la cruel Dama nocturna, aquella que había escuchado su lamento desgarrado y egoísta, decidió darle lo que deseaba pero donde jamás podría alcanzarla. Pedro quedó poseído por su fantasma.

Amarga y dulce condena inmortal hasta que comprendiera que, soltarla, dejarla ir, no sería perderla sino aceptar que, en el tiempo que estuvieron juntos, en el amor que compartieron, la eternidad estaría siempre uniéndolos, más allá del infinito discurrir de los segundos.

Sus ojos dejaron de bucear en el pasado y se levantó. Dedicó unos últimos momentos a fundirse con esa presencia femenina que habitaba en su interior, a suplicarle perdón y confesarle que por fin lo entendía. Su pecho se elevó con la certeza de que estaba haciendo lo correcto, impulsado por la respuesta de aquella que había encadenado a la prisión de su cuerpo.

A continuación, pronunció las palabras que la liberaban, como una última y arrepentida rosa depositada con suavidad sobre la tumba de la única mujer a la que quiso.

Y ella, acariciándolo con su amor, comprensión y perdón, apareció.

Pero no fue la única. La nieta de su hermano también se había sentido atraída hacia el cementerio, como si supiera que, después de la conversación de la otra noche, él iba a estar allí. Y por esa dolorosa empatía que la impulsaba hacia aquella trágica historia, sus pies y su corazón la habían traído para poder presenciar su despedida. Porque ella lo sabía, lo había sabido desde el primer instante: él no pertenecía a este mundo. Y eso era algo que la colmaba de un dolor que no comprendía. Así que, desde la distancia para no perturbar el momento (aunque lo suficientemente cerca como para poder leer las letras grabadas en la lápida), ella lo observó arrodillarse sobre la tumba y, después, levantarse para pronunciar unas palabras que, aunque no entendió,

parecieron reverberar en la misma tierra donde reposaban los muertos.

Y dejó de nevar.

Ante sus ojos se reveló lo que jamás creyó posible. Una sombra, blanca como la nieve que alfombraba el cementerio, etérea como el velo de muerte más luminoso y puro, temblorosa como si le doliera cada movimiento, cada onda que la separaba de Pedro, se fue deslizando desde su cuerpo, apareciendo como una antagonista de oscuridad convocada por su último tributo de amor.

Y la mujer de acento francés aceptó lo que veían sus ojos y al hacerlo acabó de encajar las piezas de *puzzle* que tenía ante ella. Entonces lo supo: él había estado sufriendo una condena dulce y amarga, una que de algún modo lo había hecho inmortal. Y ahora, por fin, había comprendido que soltarla, dejarla ir, no sería perderla sino aceptar que, en el tiempo que estuvieron juntos, en el amor que compartieron, seguirían unidos más allá del infinito discurrir del tiempo. Entonces, María sintió que esa maldita empatía que la conectaba a él hacía que fuera demasiado doloroso observar ese sentimiento tan puro, como si fuera una mujer sedienta en un desierto y tuviera delante el oasis más cristalino pero no pudiera beber de él porque no estaba destinado a ella. El anhelo de jamás haber experimentado algo así, de nunca haber conocido a alguien capaz de amar así, llenó sus ojos de lágrimas.

Ahogó un juramento. ¿Por qué se había dejado atrapar en una historia que no era la suya?

La niebla etérea del espectro se condensó en la figura de una bella mujer, cuyos rasgos parecían una copia de los de la otra María. Sus pupilas, inmensas, conmovidas por el más profundo de los tormentos, por haber tenido que habitar en el alma de Pedro, su mente, su cuerpo... no mostraban rencor. Tan solo comprensión, dulzura, perdón. Y la otra María, la que sentía que la tormenta de nieve tan solo había parado en el mundo exterior porque en su pecho seguía golpeando en un *crescendo* espiral que amenazaba con hacerla acucillarse en el suelo para soportarla, o incluso arrodillarse, estaba sacudida por emociones que no deseaba entender jamás.

El fantasma, cuya forma era definida aunque translúcida, esbozó una triste y serena sonrisa hacia Pedro.

Las emociones de este pasaban por su rostro como una dolorosa pintura,

haciendo que la mujer de acento francés sintiera que se desgarraba el velo entre mundos, entre el que le había tocado vivir y ese otro, ese donde parecían abrirse las puertas del alma y de los sentimientos más puros. Ella deseó poder entrar, poder hacer algo que no fuera quedarse mirando cómo Pedro tendía su mano hacia su amada, hacia aquella cuya tortura había prolongado cerca de cien años en un egoísta deseo de no dejarla marchar. Él también había sufrido de un modo continuo y pese a ello había preferido sentir su dolor a dejar que se la tragara el olvido.

Ella tenía claro que estaba presenciando una despedida, una donde él por fin había aceptado el vacío de la ausencia de aquella mujer que tendría que haberse fundido con el invierno hacía tanto tiempo atrás.

Pedro intentó rozar los labios helados del fantasma con sus dedos y no pudo; ella hacía tiempo que no estaba condensada más que de la materia de los más delirantes sueños. Abrió sus labios y le suplicó perdón.

El espectro debió forzar su voluntad para materializar una mano y acariciar esa boca por la otra mujer tan deseada. Él se estremeció ante la inmensa emoción que le provocó el tantos años anhelado contacto de su amada. Cerró los ojos y cuando los abrió ella ya no estaba. Se había ido, esta vez para siempre, al vacío infinito de quienes alguna vez han sido.

María lo vio caer arrodillado sobre la nieve y no pudo evitar acercarse, despacio, casi sin atreverse a profanar un momento tan íntimo.

—La has dejado ir, era lo correcto.

—Disculpa. —Levantó su mirada hacia María; sus ojos estaban en algún otro lugar, como si no consiguieran enfocarla—. No deberías haber visto esto pero te agradezco que lo hayas desencadenado.

La mujer no pudo evitar cogerle una mano para intentar incorporarlo. Y se preocupó: estaba muy frío, tanto que su contacto era como agujas de doloroso hielo en sus dedos.

—Anda, vamos, tienes que entrar en calor.

—No, María, ahora que ella se ha ido yo no voy a quedarme.

—¿De qué estás hablando?

La mujer sintió como se rompía el hechizo del invierno, ese que había empezado la noche de todos los santos para culminar en esa maldita oscuridad del año nuevo. Nuevo... mas muerto, muerto para ella ahora que confirmaba

que él la había dejado ir pero no por ello podía olvidarla. La habría relegado al lugar donde quiera que fueran las almas al decir adiós a su efímero camino por el mundo de los vivos, pero él mismo no deseaba más que unirse a ella en ese no ser infinito. Y se sintió impulsada al borde del precipicio, a asomarse al insondable vacío donde Pedro iba a arrojarse. Lo comprendió, en un revelador segundo que iba a maldecir durante el resto de su vida: no deseaba dejarlo ir. Él no iba a quedarse, no iba a ser alguien a quien poder conocer mejor. Que Dios la perdonara pero le daba igual que hubiera amado a la hermana de su propio abuelo, le daba igual... no le importaba que ese hombre hubiera sido capaz de sufrir durante cerca de cien años el dolor más sublime, poseído por ella, por no poder decirle adiós. ¡No le importaba! Tan solo sentía que, ahora que había encontrado a alguien cuyas palabras y gestos melancólicos parecían resonar en lo profundo de su alma, no deseaba dejarlo marchar. Era absurdo, era irracional, era impulsivo... ¡¡¡era el grito de su corazón que no podía verlo abandonarse a la muerte sin luchar!!!

—He de irme. Mi tiempo aquí se ha acabado.

—¿Pero qué tonterías son esas? Todavía no consigo creermelo que de verdad hayas vivido tanto tiempo, poseído por ese hechizo oscuro que te ató a un fantasma. ¿No te das cuenta de que si has sido capaz de hacer algo así ahora mereces una segunda oportunidad, una vida?

—María... me parece una cruel ironía del destino que os llaméis igual...

Acercó su mano a un mechón de pelo que a ella se le había soltado de su trenza y, con dulzura, se lo colocó detrás de la oreja; ella cerró los ojos, incapaz de procesar el contacto excepto con una emoción intensa: ¿era ahora cuando se desvanecía como el eco del espectro que lo había poseído durante tanto tiempo? ¡Maldita fuera! ¿Cómo se podía odiar tanto a una mujer que ni siquiera había existido en carne a la vez que ella? ¿Cómo se podía luchar contra el hechizo de un ser de invierno y bruma?

—María... —prosiguió él—, no puedo decir que lamente haberte conocido pues me has ayudado a liberarla, a reconciliarme conmigo mismo, con la pérdida. Pero sí me pesa porque no me gusta verte triste.

Su mano estaba acariciando su rostro y ella seguía sin abrir los ojos. Tenía miedo, miedo de que fuera la señal que estaba esperando para irse, pues el tacto de sus dedos era cada vez más frío, más insustancial. Y ella quería

morirse de dolor allí mismo.

—Ahora es tu momento de vivir tu vida, la que el destino a ti no te arrebató. A ti no, recuérdalo —siguió diciéndole.

Su tono era suplicante y parecía susurrarle que fuera feliz también por él: por los dos. Aunque en esos momentos, lo último que ella deseaba hacer era recordar su pasado. ¡Lo que quería era congelar al tiempo!

—Pensar que hay un destino es demasiado trágico —continuó él; sus dedos llegaron a la comisura de sus labios y la rozaron, dejándole un frío que se clavaba cada vez más profundo en su alma, desgarrándola con un anhelo que jamás creyó posible—, prefiero creer que yo soy el que elijo, pues así fue hace años. Abre los ojos, María.

Ella se negó a hacerlo pues sabía lo que vendría. Se negó, pero cuando sintió el aliento masculino tan cerca de su boca no pudo evitar abrirlos. Se encontró con el pesar del hombre, con una pena superficial por dejarla a ella y una tristeza infinita por el daño que le había hecho a la otra María. Y se quiso morir, allí mismo, junto a él. Pero sería profanar su amor, uno que no le pertenecía.

—Gracias por ayudarme.

—No te vayas... por favor no te vayas.

Sabía que no debía pero no pudo evitar besarlo. Sus labios estaban demasiado cerca y las emociones que la recorrían le habían arrebatado toda sensatez.

Sintió como si su espíritu se elevara al fundir sus labios con los masculinos, entrecerrados, cuya temperatura parecía escarchar su respiración incluso antes de ser emitida. Señor, era tan sublime y doloroso... Él cerró los ojos por un instante, suspiró y después la separó con dulzura.

—No pretendía esto. Lo siento —se disculpó Pedro.

Allí quedó todo, en esas palabras, la razón vuelta de golpe al pecho de María. Desvió los ojos presa de la vergüenza.

—No quiero ofenderte —se explicó él—. No a ti que tanto me has ayudado. Pero yo estoy vacío pues todo lo que tuve se ha ido. No hay nada ya que me ate aquí. Pero por si te sirve de algo, me gustaría decirte que no eres como mi María: eres distinta, más fuerte, quizá tú hubieras luchado contra las heridas de los lobos y no me habrías dejado. Sé que puedes luchar contra eso

que te espera en Francia pues estoy convencido de que tu fortaleza la tienes dentro de ti, igual que por lo visto la tenía tu abuela. No es que no me haya gustado conocerte, olvidarme de mí al centrarme en tus ojos... pero sin ella que me sustente, mi vida ya no pertenece a este mundo, me abandona, pues hace décadas que debió hacerlo. No estés triste, es el orden de las cosas.

Ante esas palabras que parecían tan sinceras, María se olvidó del rechazo que acababa de sufrir y sintió rabia por la manera en la que él se abandonaba a algo que ella no creía inevitable, para nada. No podía creer que en el fondo no fuera más que un cobarde que prefiriera dejarse morir a seguir peleando.

—¡Lucha! Si lo hiciste por ella no me creo que no puedas hacerlo por ti.

—¿Por qué piensas que no me atrae la idea del olvido? —preguntó con suavidad.

—Porque no me creo que después de lo que has hecho por ella estés dispuesto a renunciar a la vida de un modo tan sencillo.

Si acusó el golpe, ni sus ojos ni su cuerpo lo delataron. Miró con tristeza a la mujer del abrigo rojo que, estaba seguro, había encontrado lo que necesitaba en medio del invierno. Inmutable invierno para él y para su María, pero inicio de la primavera para la mujer de acento francés.

—Hasta siempre, gracias por estos momentos compartidos.

—Por favor, quédate, te lo suplico —se quebró su voz al pedir por última vez algo a lo que sabía que no tenía derecho.

Él no contestó, no era necesario. Ella no sabía qué dolía más, si el anhelo de volver a besar sus labios o el tener la certeza de que para Pedro ella no era más que una cruel copia en carne de su amada, a la vez que la mujer que lo ayudó a liberarla. María se maldijo, se maldijo porque podía ver cómo le abandonaba la vida, como su tacto era cada vez más frío... Hasta que no pudo más, se levantó y se fue. No pensaba quedarse a ver cómo moría. En la linde del cementerio, se dio la vuelta y lo observó en la distancia, abrazado a la lápida de aquella otra María. Entonces juró contra su propio destino, contra el camino que la había llevado a cruzarse con un hombre que estaba poseído por la más oscura desesperanza de la mano de un espectro de amor imposible. Después renegó de sí misma por haberse dejado atrapar por ese hechizo, por esa fascinación del amor imposible, por ese hombre cuya alma había estado sumida en la más tenebrosa lucha. Suspiró, dejó de maldecir y miró al frente,

hacia la salida del cementerio. Ahora era ella la que iba a tener que cargar con una losa de melancolía por lo que no pudo ser, por lo que habría deseado... porque, espectadora casual e indeseada de una historia de amor tan hermosa y trágica, no pudo menos que odiarse por haberse enamorado de la sombra de un hombre, por haber querido que toda esa pasión se hubiera volcado hacia ella. Exhaló el aire con dolor, una vez más. Y deseó que no fuera la última vez que tuviera el placer de sentir algo tan intenso. Se echó a reír y dio un paso al frente, hacia la vida. Si había sido capaz de soñar una pasión, un romance impregnado de profundo anhelo y soledad, de hacer eco en su propio ser de parte de esa exquisita tortura que él se inflingía, iba a aprovecharlo para no volver a mirar jamás igual a su existencia. Y lo que viniera, lo disfrutaría. Porque aunque no fuera más que su tributo a Pedro, uno que él jamás conocería, ella sí pensaba luchar y saborear cada momento, ya fuera oscuro o luminoso, que quisiera depararle la vida. Para empezar iba a emprender un largo viaje, uno con quien dependía de ella, uno que alejara a su hija de ese individuo que había salido de la cárcel y pretendía reclamarla como si nunca la hubiera mandado a un hospital. Se centró en la fuerza que acababa de renovar y se juró a sí misma que si alguna vez volvía a sentirse derrotada, pensaría en lo que aquel hombre capaz de amar más allá del destino le había dejado como regalo: un poso en el fondo de su alma, una melodía que escuchar si alguna otra vez sentía que la noche era tan oscura que quería ser eterna y apagar el día.

Avanzó con paso firme mientras la aurora iba tiñendo de luz la mañana de año nuevo. La muerte ya se había llevado a los dos amantes a su propio mundo. El Sol, cual eterno antagonista de la oscuridad, calentaba el invierno y el alma de María.

FIN

Nota de la Autora

El boca a boca es crucial para cualquier autor. Si te ha gustado este relato, por favor considera compartirlo en tus redes sociales o dejar una reseña. Aunque sea tan solo de una o dos líneas, me encantará leerla y será de gran ayuda.



AMAYA FELICES. Licenciada en Ingeniería Química y diplomada en Filología Inglesa, es profesora de secundaria en Zaragoza. Cuando no está trabajando ni cuidando de sus dos hijos, se dedica a escribir.

Su primera novela, *El pozo de todas las almas*, fue publicada en junio de 2011 por Mundos Épicos. En diciembre de 2011 la Máquina China editó el libro *Sueños de navidad*, que recoge los cinco relatos ganadores de su I Concurso de Narrativa Romántica. La autora participa con *Hechizo de invierno*, un relato sobre fantasmas y sentimientos.

En las antologías II y III de Ediciones Evohé tiene publicados un relato y un poema (*La claridad de tu amor a través de mi ventana, Te veo*).

En el año 2006 ganó el primer premio de relatos de Ocafriki con Aspirante a guerrero y en diciembre de 2011 obtuvo el tercer puesto en el XXVIII concurso literario Picarral con su relato juvenil *Rocío Dark Violet*.

En febrero de 2012 salió publicado *Ese amor que nos lleva*, de la editorial Rubeo. Esta convocó un concurso de relatos en 2011 para hacer una antología y *Eurídice* fue uno de los seleccionados como ganadores.

En mayo de 2012 Mundos Épicos publicó su novela de fantasía juvenil Pacto de piel; así como Ediciones Babylon publicó su novela romántica adulta de ciencia ficción space ópera *Hipernova*, una fusión de géneros en la cual es pionera en España.

A finales de 2012 participa en la antología benéfica *Ilusionaria III* con su relato Despierta, dragón esqueleto, escrito junto con su hijo Santiago e ilustrado por Laura López.

En enero de 2013 Ediciones Babylon publicó su relato *El manual de la esposa perfecta*, una comedia romántica paranormal.

En mayo de 2013 participa en la antología benéfica Catorce Lunas, publicada por Ediciones Kiwi, con su relato *Rocío Dark Violet*.

Por último, está representada por Agencia Autores desde inicios del año 2013 y tiene el libro técnico Belly dance: *The teacher's book*, publicado en *Create Space Amazon*, en inglés y en español, en el año 2010.